

Movilidades inversas y construcción de otredades periféricas: Estigmas, turistas y distinciones en La Plata, Argentina

Recibido: 2025-02-26

Aceptado: 2025-11-24

Juan Ignacio Rojas Chediac

Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Centro Interdisciplinario de Estudios Complejos, La Plata, Argentina, juan.rojaschediac@gmail.com
 <https://orcid.org/0000-0001-7518-3778>

Cómo citar este artículo:

Rojas Chediac, J. I. (2026). Movilidades inversas y construcción de otredades periféricas: Estigmas, turistas y distinciones en La Plata, Argentina. *Revista INVI*, 41(116), 1-24. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2026.77891>



Movilidades inversas y construcción de otredades periféricas: Estigmas, turistas y distinciones en La Plata, Argentina

Resumen

La presente investigación analiza el papel de las movilidades inversas –el arribo de nuevos habitantes y visitantes a periferias consolidadas– como mecanismos contemporáneos de producción de otredad y diferenciación social en el espacio urbano. Desde un enfoque cualitativo, basado en entrevistas en profundidad a habitantes históricos y observación participante en dos sectores periféricos disimiles de la ciudad de La Plata – Los Hornos y City Bell–, se indaga cómo las experiencias de movilidad producen y disputan sentidos de lugar y de legitimidad social. El análisis identifica tres figuras relacionales: el estigmatizado, el turista y lo distintivo, que expresan distintas formas de encuentro y conflicto entre trayectorias espaciales divergentes. En Los Hornos, las llegadas asociadas a la informalidad urbana refuerzan el estigma territorial y los imaginarios de inseguridad; en City Bell, las movilidades vinculadas al consumo y a la revalorización inmobiliaria generan procesos de distinción y tensiones de convivencia entre residentes históricos y recién llegados. Se concluye que la movilidad inversa opera como una práctica social y simbólica la cual, lejos de ser homogénea, reordena los regímenes morales de pertenencia, las jerarquías simbólicas y las fronteras espaciales, reafirmando la diferencia como principio estructurante del espacio periférico.

Palabras clave: **movilidades inversas, otredad, estigma territorial, periferia, diferenciación espacial.**



Reverse Mobilities and the Construction of Peripheral Otherness: Stigmas, Tourists, and Distinctions in La Plata, Argentina

Abstract

This research analyzes the role of reverse mobilities –the arrival of new inhabitants and visitors to consolidated peripheries– as contemporary mechanisms for the production of otherness and social differentiation in urban space. Adopting a qualitative approach, based on in-depth interviews with long-term residents and participant observation in two dissimilar peripheral sectors of the city of La Plata –Los Hornos and City Bell– the study investigates how mobility experiences produce and contest meanings of place and social legitimacy. The analysis identifies three relational figures, the stigmatized, the tourist, and the distinctive, which express different forms of encounter and conflict between divergent spatial trajectories. In Los Hornos, arrivals associated with urban informality reinforce territorial stigma and imaginaries of insecurity; in City Bell, mobilities linked to consumption and real estate revaluation generate processes of distinction and tensions in coexistence between long-term residents and newcomers. It is concluded that reverse mobility operates as a social and symbolic practice that, far from being homogeneous, reorders the moral regimes of belonging, symbolic hierarchies, and spatial boundaries, reaffirming difference as a structuring principle of peripheral space.

Keywords: reverse mobilities, otherness, territorial stigma, periphery, spatial differentiation.



Mobilidades inversas e construção de alteridades periféricas: estigmas, turistas e distinções em La Plata, Argentina

Resumo

Esta pesquisa analisa o papel das mobilidades inversas — a chegada de novos moradores e visitantes a periferias consolidadas — como mecanismos contemporâneos de produção de alteridade e diferenciação social no espaço urbano. A partir de uma abordagem qualitativa, baseada em entrevistas em profundidade com moradores históricos e observação participante em dois setores periféricos dissimilares da cidade de La Plata — Los Hornos e City Bell —, o estudo examina como as experiências de mobilidade produzem e disputam sentidos de lugar e legitimidade social. A análise identifica três figuras relacionais que são o estigmatizado, o turista e o distintivo, que expressam diferentes formas de encontro e conflito entre trajetórias espaciais divergentes. Em Los Hornos, as chegadas associadas à informalidade urbana reforçam o estigma territorial e os imaginários de insegurança; em City Bell, as mobilidades vinculadas ao consumo e à revalorização imobiliária geram processos de distinção e tensões de convivência entre moradores históricos e recém-chegados. É possível concluir que a mobilidade inversa opera como uma prática social e simbólica que, longe de ser homogênea, reordena os regimes morais de pertencimento, as hierarquias simbólicas e as fronteiras espaciais, reafirmando a diferença como princípio estruturante do espaço periférico.

Palavras-chave: mobilidades inversas, alteridade, estigma territorial, periferia, diferenciação espacial.

Introducción

Las ciudades latinoamericanas han experimentado profundas mutaciones territoriales debido a los procesos de expansión urbana (Abramo, 2012; Caldeira, 2017; Pírez, 2016; Pradilla Cobos, 2014), donde el desenvolvimiento físico del tejido urbano ha superado con creces el ritmo del crecimiento poblacional, llegando incluso a triplicarlo (Di Virgilio, 2021). Estas transformaciones urbanas han intensificado las dinámicas de movilidad que atraviesan las periferias de las ciudades, reconfigurando no solo la ocupación del territorio, sino también las tramas sociales y simbólicas que las estructuran. En este marco, los habitantes tejen y despliegan sus vidas cotidianas, no solo en lugares físicos, sino también a través de sus recorridos y desplazamientos, generando relaciones de proximidad, distanciamiento y reconocimiento (Hannerz, 1986). El movimiento se destaca, entonces, como un principio estructurante en análisis urbano (Cresswell, 2010; Kaufmann *et al.*, 2004; Sheller y Urry, 2016) y en las formas de habitar la ciudad (Ingold, 2015; Jirón y Mansilla, 2013).

Desde esta perspectiva, la presente investigación analiza el concepto de movilidades inversas, entendidas como el arribo de nuevos habitantes y visitantes a periferias consolidadas, concebidas como mecanismos contemporáneos de producción de otredad y diferenciación social en el espacio urbano. A partir del estudio de dos sectores periféricos disímiles de la ciudad de La Plata (Los Hornos sobre el eje sur y City Bell sobre el eje norte) se indaga en los efectos de estas movilidades sobre la configuración del espacio urbano, las representaciones de la alteridad negativa y la producción de fronteras simbólicas. Desde un enfoque cualitativo –sustentado en entrevistas en profundidad a habitantes históricos y observación participante en las periferias de estudio– el análisis identifica tres figuras relationales que organizan la diferenciación social y espacial en las periferias analizadas: el estigmatizado, el turista y lo distintivo.

En Los Hornos, la llegada de nuevos habitantes a barrios populares refuerza la figura del estigmatizado, asociada a narrativas de inseguridad y a la alteración de normas urbanas establecidas. En City Bell, en cambio, las movilidades vinculadas al consumo, la reconfiguración comercial y la revalorización inmobiliaria producen las figuras del turista y lo distintivo, tensionando la convivencia entre residentes históricos y recién llegados. Se concluye que la movilidad inversa se configura como una práctica social y simbólica que, lejos de ser homogénea, reordena los regímenes de pertenencia, las jerarquías simbólicas y las fronteras espaciales, reafirmando la diferencia como principio estructurante del espacio periférico.

Metodología

Para analizar las percepciones y representaciones vinculadas a las movilidades inversas, se adoptó una estrategia metodológica cualitativa de orientación interpretativa, desarrollada en las periferias urbanas de la ciudad de La Plata¹. El estudio se realizó sobre dos sectores periféricos disimiles (Rojas Chediac, 2021), seleccionados según un criterio de diversidad analítica con el propósito de explorar configuraciones periféricas heterogéneas dentro del mismo sistema urbano, tal como se observa en la Figura 1. En la periferia sur², Los Hornos se configura como un territorio de alta densidad y heterogeneidad social y residencial, atravesado por procesos de expansión popular y autoconstrucción del hábitat. En la periferia norte³, City Bell exhibe una morfología planificada, asociada a dinámicas de suburbanización de sectores medios y medios-altos, donde históricamente conviven residencias permanentes y segundas viviendas (Frediani *et al.*, 2018; Gómez Pintus, 2013). Estas trayectorias divergentes condensan la histórica fractura norte-sur que caracteriza al patrón de urbanización platense (Rojas Chediac, 2024) y posibilitan examinar cómo la desigualdad se territorializa en escalas microsociales del habitar cotidiano.

El trabajo de campo se desarrolló entre 2020 y 2024, combinando técnicas de observación participante y entrevistas semiestructuradas y en profundidad (Marradi *et al.*, 2007). El corpus empírico implicó 37 entrevistas (18 en Los Hornos y 19 en City Bell) a residentes, comerciantes, docentes, artistas, trabajadores públicos y jubilados de las zonas centrales de cada periferia, con un rango etario de 24 a 80 años y equilibrio de género. De este conjunto, 22 entrevistas fueron seleccionadas para la exposición textual, atendiendo a su heterogeneidad sociodemográfica, trayectoria residencial y densidad narrativa. El acceso a los informantes se realizó a través de instituciones locales –sociedades de fomento, clubes barriales, asambleas vecinales y colectivos culturales– lo que posibilitó una inserción situada en el tejido periférico y en las rutinas cotidianas de los lugares. Posteriormente, se recurrió a la técnica de bola de nieve hasta alcanzar la saturación teórica.

-
- 1 La particularidad de la ciudad de La Plata es su proyección previa a la construcción que delimitó el casco fundacional –o centro urbano– de las áreas periféricas (Curtit, 2003; Segura, 2015b). A lo largo del siglo XX, la ciudad experimentó una expansión urbana sostenida, orientada por la mercantilización del suelo urbano (Garnier, 1992) y por políticas urbanas que no lograron contrarrestar el crecimiento desigual (Vitalone, 2018), con una marcada división norte y sur de las periferias.
 - 2 La periferia sur, tradicionalmente ocupada por sectores trabajadores (Ravella y Giacobbe, 2005), se consolida en la actualidad como el principal territorio de los barrios populares (Adriani *et al.*, 2020). Este espacio constituye el epicentro de la mayor cantidad de tomas de tierra (Alessio *et al.*, 2024) y es, a su vez, el escenario donde se producen las acciones colectivas orientadas al mejoramiento del hábitat popular (Di Croce Garay, 2024).
 - 3 La periferia norte se articuló funcionalmente en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, concentrando a la población de ingresos medios y medios altos en viviendas principales y secundarias (Gómez Pintus, 2013). Esta tendencia se cristalizó con la proliferación de urbanizaciones cerradas y desarrollos inmobiliarios exclusivos (Frediani *et al.*, 2018). Esta diferencia se reflejó en la dinámica del precio del suelo con las mayores variaciones porcentuales registradas sobre la periferia norte (Pérez *et al.*, 2022).

El análisis de los datos se realizó mediante codificación abierta y axial en el programa *Atlas.ti*, identificando categorías emergentes en torno a tres figuras analíticas: (a) el estigmatizado, especialmente en Los Hornos, que es figura de otredad construida a partir de narrativas sobre movilidad popular, ilegalidad, degradación ambiental e inseguridad; (b) el turista, predominante en City Bell, agente de transformación de las prácticas cotidianas, cuya presencia masifica el espacio comercial y erosiona las formas tradicionales de sociabilidad; y (c) lo distintivo, emergente en City Bell, encarnado en los residentes de urbanizaciones cerradas que, pese a su proximidad geográfica, simbolizan una distancia social jerárquica. El procedimiento articuló la detección de recurrencias discursivas con la interpretación contextual de las variaciones entre casos y actores. Las entrevistas revelaron percepciones sobre la llegada de nuevos habitantes y visitantes, las transformaciones en el uso y apropiación del espacio y los conflictos asociados a dichas dinámicas.

Paralelamente, se realizaron recorridos sistemáticos por los sectores periféricos, registrando escenas de interacción en calles, plazas, ferias, comercios y equipamientos públicos. El objetivo fue captar la textura relacional del espacio urbano, las prácticas de apropiación, los gestos de distinción y las materialidades de las fronteras cotidianas. La triangulación entre narrativas y escenas observadas permitió acceder a las lógicas afectivas, morales y espaciales que subyacen en la producción cotidiana de fronteras y jerarquías urbanas.

LA LLEGADA DE UN OTRO AL LUGAR

Las periferias son concebidas como territorios heterogéneos donde “coinciden diversos actores sociales, con objetivos diversos, con estrategias variadas, y por lo mismo no son un territorio libre del conflicto” (Hiernaux y Lindón, 2004, p. 118). Estas, que son interpretadas como “fragmentos densos que expresan estados inestables de lo urbano, siempre marcados por la tensión entre el cambio y el orden periféricos” (Lindón, 2020, p. 19), no constituyen espacios inmóviles ni pasivos. Por el contrario, es el movimiento aquello que las produce y las reproduce, dotándolas de continuidad y transformación.

Desde la perspectiva de Mayol (1994), las periferias pueden definirse como una organización colectiva de trayectorias individuales, que en la vida de los habitantes configura una red de lugares de proximidad donde el encuentro interpersonal, aunque necesario para satisfacer las necesidades cotidianas, se produce de manera azarosa. En esa aleatoriedad del encuentro urbano, el azar se vuelve regularidad: es imposible no cruzarse con alguien ya conocido. Esta perspectiva presupone un movimiento más o menos estable, pero ¿qué ocurre cuando ese orden se interrumpe? ¿Qué sucede cuando la diferencia emerge precisamente en lo periférico?

La colectividad de lo periférico, definida por la imprevisibilidad del encuentro entre habitantes “que, sin ser del todo anónimos . . . no están tampoco absolutamente integrados en el tejido de las relaciones humanas preferenciales” (Mayol, 1994, p. 13) de familia y amistad, se ve tensionada por otros movimientos, que operan en múltiples direcciones: desde el centro hacia las periferias y entre periferias mismas. El ingreso de sujetos ajenos al lugar introduce una amenaza a la estabilidad histórica del territorio. En ese proceso,

lo aceptable y lo indeseable, lo antiguo y lo nuevo, entran en conflicto en torno a la reconfiguración de la experiencia urbana.

Desde la perspectiva de los habitantes periféricos, lo aceptable opera como mecanismo de selección cultural que, a través de la tradición selectiva (Williams, 1997), define la figura de un otro: la otredad. Como advierte Krotz (2002, p. 57), la otredad remite a “una clase especial de diferencia” vinculada “con la experiencia de la extrañeza”, en tanto “la confrontación con las particularidades hasta entonces desconocidas de otros seres humanos –idioma, costumbres cotidianas, fiestas, ceremonias religiosas o cualquier otra cosa– proporciona la verdadera experiencia de extrañeza”. En otras palabras, no se trata de una diferencia con las cosas, sino con los otros, quienes en términos generales aparecen como “portadores de lo malo, de lo feo, de lo lejano, de lo que causa miedo, temor y en algunos casos aberración” (Baeza, 2023, p. 709).

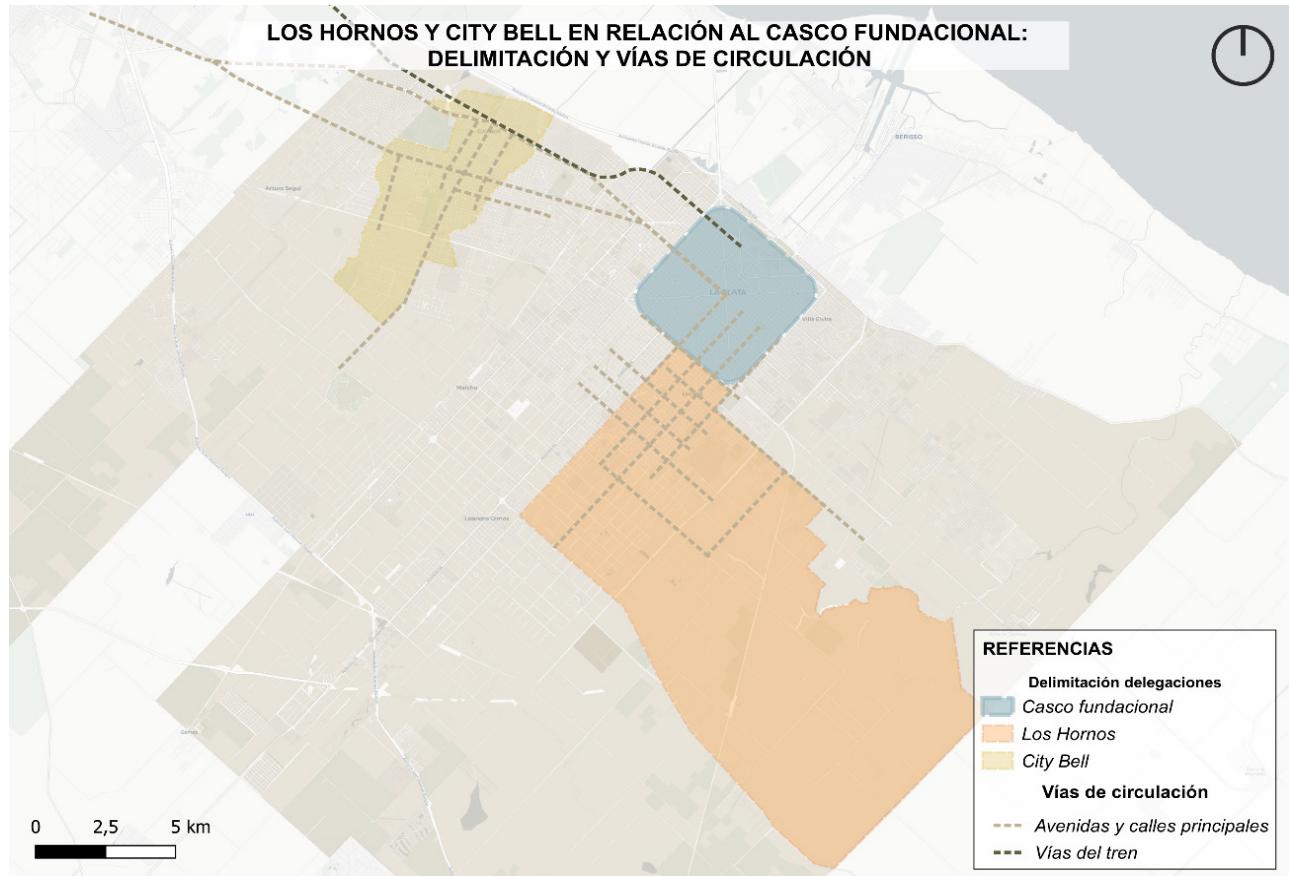
En este sentido, Sennett (2019, p. 164) observa, a partir del análisis del gueto de judíos en Venecia, que existen “dos maneras de evitar a los otros que nos son extraños: huir de ellos o aislarlos”, y que cada una de estas estrategias implica una forma de construcción espacial y moral. Según su lectura, existe una conexión entre lugar y política que puede expresarse en la fórmula: excluir y simplificar; mientras que “las formas y los usos mixtos son una invitación a usuarios variados (...) [en] un entorno austero, cuanto más simple, clara y distinta sea la forma, más nítida será la definición de a quién corresponde y a quién no” (Sennett, 2019, p. 168). La paradoja emerge cuando los extraños –a quienes se desprecia– resultan imprescindibles para el funcionamiento urbano. En ese caso, la exclusión se inscribe en el lugar mismo, en sus formas y edificaciones, dado que “en la ciudad es imposible tomar físicamente distancias de ellos” (Sennett, 2019, p. 169).

Estos extraños, que combinan cercanía y distancia de un modo singular, no constituyen necesariamente una externalidad. Por el contrario, encarnan la figura de extranjero que Simmel conceptualizó: es aquel “que llega hoy y mañana se queda; o, por así decir, el emigrante potencial, que, aunque se haya detenido, aún no ha superado la ausencia de vínculo propia del ir y venir” (Simmel, 2012, p. 21). Desde esta perspectiva, el extranjero no es solo un individuo que proviene de otro lugar, sino alguien cuya posición social se define por una relación ambigua con el espacio que habita: está presente, pero no completamente integrado; es parte del grupo, pero mantiene una distancia que lo diferencia.

Para Beck, los extraños son “los excluidos realmente de los estereotipos del orden social” (2007, p. 51). Su doble provocación radica en que “son del lugar, pero no obedecen a los estereotipos que los mismos del lugar crean y mantienen” (Beck, 2007, p. 52). De esta manera, constituye la evidencia de que “la «naturalidad» de orden local es artificial y convencional” (Beck, 2007, p. 54). Lejos de corresponder a la figura del extranjero distante y necesitado –como podría ser la de aquellos que necesitan ayuda social–, los extraños ocupan una posición ambigua: no son “ni enemigos ni amigos; ni nativos ni extranjeros; son cerca y no cerca, lejos, pero aquí; son vecinos aislados por los vecinos, como no-vecinos, como extraños” (Beck, 2007, p. 55). De esta contradicción fundamental, se constituye un nosotros naturalizado y un ellos signado por la rareza.

Figura 1.

Ubicación de Los Hornos y City Bell en relación al casco fundacional de La Plata.



Fuente: Rojas Chediac, (2025).

Aunque la extrañeza de estar lejos culturalmente y cerca físicamente (Beck, 2007) pueda configurarse por estructuras sociales (de clase, etnia, género, entre otras), Elias y Scotson (2016) destacan la relevancia de la dimensión temporal para comprender la división urbana entre dos grupos: los establecidos y los marginados. En su estudio de una comunidad obrera inglesa, las diferencias se estructuran a partir del tiempo de residencia: “un grupo estaba formado por viejos residentes, quienes llevaban más de tres generaciones establecidos en el vecindario, y el otro era un grupo de recién llegados” (Elias y Scotson, 2016, p. 30). Esa diferenciación permitió a los establecidos asegurar “posiciones sociales con un potencial de poder elevado de un tipo diferente, con lo que refuerza su cohesión y le permite excluir de ellas a miembros de otros grupos” (Elias y Scotson, 2016, p. 31-32).

Desde este marco, a continuación, se reconstruyen las principales figuras que los habitantes, en su mayoría históricos, conforman frente a la llegada del otro a la periferia, o, en otras palabras, frente a las movilidades inversas. Se distinguen tres apartados analíticos: una mirada dedicada a los habitantes estigmatizados; otra al turista (o consumidor foráneo); y una última orientada a lo distintivo. La categoría de mirada se utiliza aquí para designar la forma en que se configura la relación entre distintos habitantes: como observa Sennett, durante el desarrollo del individualismo moderno y urbano, los habitantes se sumieron en el silencio en la ciudad y, en ese contexto, “prevaleció la mirada sobre el discurso” (Sennett, 1997, p. 381).

MIRADA 1: EL ESTIGMA SOBRE NUEVOS HABITANTES DE BARRIOS POPULARES EN LOS HORNOS

El movimiento de los habitantes populares rara vez constituye un mero desplazamiento físico, sino que su tránsito –especialmente cuando se traduce en la llegada y radicación en nuevos territorios– opera como un catalizador de fronteras morales y desencadena sofisticados mecanismos de diferenciación social. Así, el arribo de nuevos residentes a Los Hornos activa un régimen de clasificación que problematiza no solo su presencia, sino el modo mismo en que llegaron y se insertaron en la trama social preexistente. Este fenómeno encarna la figura tradicional de la estigmatización territorial que conceptualiza Wacquant (2007, p. 201) como forma específica de otredad, asociada “a la residencia en los espacios limitados y separados”, donde habitan “poblaciones marginadas o condenadas a la obsolescencia económica”. Lo que aquí se expresa no es indiferencia, sino una condición estructural de diferencia: aquello que, aun cuando busca ocultar, se reafirma al ser nombrado.

Esta lógica estigmatizadora se vincula a procesos de segregación urbana que, en el contexto latinoamericano, se origina por condiciones socioeconómicas (Calderón Cockburn y Aguiar Antía, 2019; Di Virgilio y Perelman, 2014; Rodríguez Vignoli, 2001; Sabatini *et al.*, 2001) y se legitima bajo narrativas económicas asociadas a la irregularidad en el acceso al suelo urbano. Estos discursos producen una representación de extranjeridad de los barrios segregados, sobre los cuales se depositan los males de las periferias. Los atributos negativos se territorializan, al asignarse a poblaciones y lugares específicos mediante estereotipos mediáticos

que circulan y se legitiman socialmente (Kessler, 2012). Estos procesos no solo tensionan cotidianamente las prácticas urbanas, prefigurando trayectorias que no deben realizarse y lugares que no deben recorrerse, sino que construyen un imaginario del “afuera dentro” que resulta fundamental para comprender la dinámica de Los Hornos.

Aunque puede trazarse una distinción entre el centro y la periferia en Los Hornos –donde el primero corresponde al cuadrante inicial y al área comercial, y la segunda al proceso de expansión hacia el borde del casco–, esta clasificación resulta insuficiente para sintetizar la complejidad del crecimiento urbano. Este “crecimiento sin planificación” mencionado tanto por Sebastián⁴ (45 años, comerciante) como por otros habitantes, se ha convertido en una narrativa estructurante del espacio, que exacerba las tensiones sociales y visibiliza la superposición de prácticas urbanas entre diferentes sectores sociales. Un elemento central de esta narrativa es la extranjeridad atribuida de quienes llegaron a asentarse en las zonas periféricas –los nuevos habitantes– y son vistos como inmigrantes, en el sentido propuesto por Delgado: “operador cognitivo, un personaje conceptual al que se le adjudican tareas de marcaje simbólico de los límites sociales” (1999, p. 113). Se trata de sujetos a quienes, en definitiva “se les niega el derecho a haber llegado y estar plenamente entre nosotros” (Delgado, 1999, p. 113).

Se identifican dos relatos predominantes sobre esta llegada. Por un lado, Benjamín (80 años, jubilado) recuerda que “en 2010 comenzaron a aparecer asentamientos, el mayor entre la calle 143 a 149 y de 70 a 74”; por el otro, Agustín (63 años, constructor) describe un crecimiento abrupto a partir de 2015, cuando “empezaron a traer gente en camiones” y a ubicarse “de la 149 hacia ruta 36 y de 60 para el lado de 80”. Esta narrativa encuentra en la toma de tierra del Club de Planeadores del año 2020 un evento catalizador del estigma territorial. La mirada sobre estos territorios se aproxima a la noción de conurbanización, en tanto se construyen como unidades territoriales “con características –en su mayoría negativas– supuestamente específicas, casi naturales o esenciales” (Segura, 2015a, p. 153), desvinculados de las estructuras que las producen.

Al reforzar la idea de que los nuevos habitantes no pertenecen al lugar, Agustina (39 años, docente) sostiene que son “personas que ingresaron traídos por punteros y vinieron de distintas zonas del Conurbano, vinieron acá, a asentarse acá”, asociando su llegada a una ocupación que no respeta las normas de propiedad: “para nosotros eso es una usurpación, más allá que hayan pagado”. La expresión “traer gente” revela una lectura particular del crecimiento periférico: la llegada de nuevos habitantes se percibe como imposición externa, consolidando una distinción simbólica entre habitantes legítimos e ilegítimos, y evidencia la articulación entre las diferencias espaciales y posiciones socioeconómicas.

Estos relatos se propagan mediante la diferenciación territorial entre quienes ocupan terrenos de modo regular y quienes lo hacen de manera irregular. Sebastián (45 años, comerciante) estima que “el 30% de Los Hornos está compuesto por los asentamientos, las villas y demás” en “terrenos ocupados” y atribuye a esta situación el hecho de que “la matrícula del colegio esté llena”. En el mismo sentido, Damián (58 años,

⁴ Los nombres de los habitantes entrevistados han sido modificados para preservar su anonimato.

empleado público) calculó que “entre un 60 y un 70% de terrenos son usurpados” y vincula esta condición a las problemáticas de infraestructura:

por eso pasa en Los Hornos el tema de los problemas que hay de agua. La parte de luz, en la parte céntrica de Los Hornos no tenés grandes inconvenientes, pero cuando vos ya te vas para la parte del fondo de Los Hornos cada dos por tres están sin luz y los apagones que hay son muy grandes. Hay barrios que han conseguido que haya cooperativas, pero también hay mucha gente que no paga todo. La realidad es esa: todo eso lo pagamos nosotros.

Se configura así un nosotros que cumple con las obligaciones urbanas y un ellos que viven en condiciones precarias, no solo económicas sino también morales, al no cumplir con el pago. Como se observa tanto en el relato de Damián como de otros habitantes – “Los Hornos al fondo” (Fausto, 42 años, arquitecto), “de ahí al fondo está todo tomado” (Cristian, 71 años, jubilado)–, el fondo se materializa en una frontera simbólica de legitimidad, que delimita el habitar periférico entre quienes asumen la responsabilidad de los problemas y quienes son considerados incumplidores.

Agustina (39 años, docente) profundiza esta frontera al afirmar: “desde el momento en que estas usurpaciones se llevan adelante, empezamos a crecer, no como barrio, sino en materia de inseguridad”. El nosotros se define como “el ciudadano común [que] está afectado”, mientras que el otro se configura como el externo ilegal, sobre quien recaen las problemáticas del territorio. Agustín (63 años, constructor) ejemplifica esta distinción: antes “vos abrías la canilla, dejabas correr un ratito y tenías agua mineral helada, y hoy no podés tomar el agua porque todos los asentamientos, todos hicieron pozo freático, negro, que contaminaron todas las napas y arruinaron todo. Es uno de los tantos problemas”.

La diferenciación espacial se traduce, así, en posiciones sociales jerárquicas. Las distancias entre centro y periferia dentro de Los Hornos, expresan distancias sociales que clasifican a los habitantes en función de su ubicación dentro o fuera del espacio normado. En una conversación con habitantes y comerciantes de Los Hornos, el estigma territorial se evidencia al vincular la toma de tierra del Club de Planeadores del año 2020 con la inseguridad. Se reproduce un fragmento:

Lorenzo (59 años): Lo que no sabemos nosotros es si el Estado en otro de sus estamentos hace algo o está metido en esta toma para ver si puede apaciguar, calmar, pero eso no creo, es imposible.

Sebastián (45 años): No entra el Estado.

Manuel (38 años): O los tenés que echar o los tenés que ...

Lorenzo (59 años): Echarlos no los vas a poder echar. La otra es elevarlos en su nivel intelectual.

Sebastián (45 años): Lo que pasa es que tenés que urbanizar, pero igual no les interesa eso.

Expresiones como “elevarlos en su nivel educativo” o “no les interesa” urbanizarse, revelan una percepción de otredad incivilizada, que asocia el déficit material con una carencia moral y cultural. La distinción se produce respecto de quienes habitan dentro de los límites de la toma, empero no se trata únicamente de una frontera espacial. La relación se define en planos sociales y espaciales, pero la diferencia se extiende a quienes

ocupan el suelo de manera irregular. Así, el ellos no se limita a los residentes de la toma, sino que abarca a todos aquellos sin tenencia formal del suelo. Esta visión converge con otras narrativas, como la de Damián (58 años, empleado público), quien propone urbanizarlos: “ponerlo como corresponde, darle la luz, que pague su luz, que pague en el agua, que pague las calles, como hacemos todos y bueno y que sea una parte más de Los Hornos”. Persiste, así, un nosotros que delimita la pertenencia y la legitimidad urbana, frente a un ellos que busca incorporarse, pero permanece bajo sospecha.

En los relatos de Los Hornos, emerge una estructura narrativa análoga a la que Kessler describió como los estigmas territoriales, una oposición entre civilización y barbarie que organiza el imaginario urbano a través de pares morales antagónicos: “vecinos de mal vivir contra trabajadores, gente sucia versus limpia, los que viven sin pagar impuestos y quienes sí cumplen y no en pocos casos, argentinos versus extranjeros” (Kessler, 2012, p. 171). Esta misma matriz se reactualiza en La Plata desde su diferenciación fundacional: el casco civilizatorio frente a la barbarie periférica, como frontera histórica del orden urbano. Sin desconocer las dificultades concretas de los habitantes en torno a la inseguridad, lo relevante es advertir que el estigma territorial “se ordena en forma de pares opuestos y alteridades excluyentes” (Kessler, 2012, p. 179), que reafirman jerarquías y legitiman desigualdades en el habitar contemporáneo. Así, en Los Hornos, la movilidad de los nuevos habitantes no solo reconfigura el mapa urbano, sino que activa un régimen moral de clasificación que define quiénes pueden habitar legítimamente el espacio periférico y bajo qué condiciones.

MIRADA 2: LOS TURISTAS TEMPORALES QUE IRRUMPEN EN CITY BELL

En el contexto periférico, la tradición se configura como una sedimentación lenta de prácticas cotidianas, sobre las cuales operan las transformaciones urbanas alterando tanto los usos del espacio como la percepción del otro, sea este otro permanente o transitorio. Cada lugar imprime un sentido propio a estos procesos, generando tensiones entre diversos modos de habitar. Así, la llegada de personas a las periferias adquiere un significado situado: lo que en un lugar resulta perturbador, en otro puede ser indiferente o incluso deseable. A diferencia de Los Hornos, en City Bell el movimiento inverso no remite a un habitante popular, sino al visitante o turista que reconfigura la experiencia local.

La renovación urbana, residencial y comercial, ha impulsado nuevas prácticas cotidianas que se superponen a las históricas, alterando la trama social y simbólica del lugar. El centro comercial, antes un ámbito de encuentro y sociabilidad, devino en un espacio de atracción y consumo para sectores externos, desestabilizando las formas tradicionales de habitar. Para los habitantes históricos, esta intromisión es percibida como una amenaza a su modo de vida: la tranquilidad de un pueblo entra en conflicto con los ritmos de consumo de un nuevo polo gastronómico y comercial, transformando el antiguo lugar de reunión en el lugar de esparcimiento de personas ajenas.

A diferencia de Los Hornos, donde la movilidad inversa reproduce la figura clásica de los estigmas territoriales, en City Bell la figura de la otredad es novedosa y surge de prácticas que irrumpen la tranquilidad local. Para Joaquín (67 años, jubilado), caminar por la calle principal –Cantilo–, implica enfrentarse a

un otro que mantiene hábitos distintos: “tenés que pasar por la vereda plagada de mesitas y sillas y gente consumiendo, obstruyendo el paso: tenés que ir esquivando a la gente”, haciendo del tránsito una experiencia de incomodidad. En este marco, Joaquín señala que los turistas “te preguntan dónde está la [calle] principal, dónde está Cantilo. Entonces te das cuenta que es una cantidad de gente que viene y vos vas por Cantilo y la gente tiene que pedir permiso para pasar. Y está bien, no tiene nada de malo, pero cambió la tranquilidad de tu barrio”. Su relato condensa la ambivalencia de la mirada local: el reconocimiento de lo inevitable y la nostalgia por la pérdida del sosiego cotidiano.

La tensión entre las formas históricas de habitar y los nuevos modos de consumo genera conflictos cotidianos que exceden la circulación: afectan la percepción misma del lugar. Horacio (60 años, artista) menciona la “cantidad de gente, ruidos y cosas que no estaba acostumbrado de City Bell (...) autos estacionados todos arriba de las veredas, de izquierda, derecha, de punta, tapadas de garaje”; mientras Joaquín (67 años, jubilado) señala: “gente que tira basura en la calle, que estaciona en las rampas para discapacitados”. Estas prácticas configuran una otredad moral, fundada en la no observancia de las normas locales, y alimentan narrativas de distinción simbólica, donde los habitantes históricos se erigen como guardianes del orden tradicional.

Este proceso de diferenciación práctica frente a una otredad sin costumbres compartidas se expresa en escenas cotidianas. Florencia (59 años, artista) narra que, al llegar al centro comercial y apoyar su bicicleta en un árbol, una comerciante se le acerca y le dice: “ay discúlpeme, pero la bicicleta en la puerta de mi negocio no, queda feo”. Este gesto simboliza la fricción entre usos tradicionales y nuevas normas de apropiación del espacio que refuerzan la percepción de pérdida de las costumbres del lugar. Algo similar ocurre cuando, conversando con Horacio (60 años, artista) en Cantilo, pasa un auto con música estridente, ante lo cual él comenta: “pasa esto: no son vecinos de acá y vienen y perturban”. No es el consumo en sí lo que altera el orden local –se estaba consumiendo en un bar céntrico–, sino la ruptura del ethos histórico que definía la convivencia. En esta tensión, las prácticas tradicionales se convierten en criterio de legitimidad urbana.

Las valoraciones negativas del centro comercial no derivan únicamente de la afluencia turística o la sobrecarga temporal del espacio, sino también de una transformación de los valores locales. Los integrantes del Teatro Comunitario La Caterva, al ser consultados por los lugares que evitan, evocaron dos eventos que sucedieron en el centro comercial:

Para el 24 de marzo . . . cantábamos la canción y los que estaban de espalda a nosotros, seguían de espalda, tomando su café, era una sensación de: acá estamos nosotros y no nos vengan a joder. Camila (62 años).

Era en conmemoración del 24 de marzo. Pedro (58 años).

Es una postura política. Lautaro (60 años).

Pero cuando cantamos, el 8 de marzo, el año pasado. Cuando cantamos la canción de las mujeres, pasaron dos tipos en moto acelerando con todo adelante nuestro. Quedó grabado, eso quedó en las redes. Lucía (29 años).

Más que el aumento de transeúntes, lo que se transforma es el régimen de valores urbanos: si la apropiación simbólica se opone a la desterritorialización, la solidaridad se contrapone ahora a la indiferencia. Para los integrantes –y habitantes de City Bell– de La Caterva, se ha trastocado la mirada que se tenía sobre el centro comercial y los turistas que allí llevan adelante las prácticas. Los cambios no solo son morfológicos o demográficos; son también afectivos y valorativos. Entonces, el centro deviene en un espacio evitable, salvo cuando reproduce la imagen del pueblo tradicional.

En este sentido, Joaquín (67 años, jubilado) afirma que si bien evita “caminar por el centro mientras está copado por turistas o visitantes”, los momentos más críticos son “los viernes por la tarde, los sábados y los domingos por la tarde”. Pero el centro comercial también contiene temporalidades que remiten a lo tradicional, alejándose de las negatividades urbanas: “los domingos por la mañana el movimiento es similar al de toda la vida y todos nos conocemos”. Una situación similar menciona Adrián (55 años, comerciante), quien no suele utilizar el centro comercial “para lo cual está ahora diseñado City Bell” y prefiere obviar “Cantilo los sábados a la tarde, los viernes a la tardecita . . . no voy a los bares o voy a las 10 de la mañana que no hay nadie”. El barrio tradicional deja de ser un lugar estable para transformarse en un momento urbano efímero, una imagen que se disuelve en el avance de la renovación.

Sin embargo, la disconformidad no se limita solo al turista: también alcanza a los nuevos residentes que eligen City Bell como lugar de vida. Florencia (59 años, artista) los describe como “típicos citadinos que lo que hacen es venir a disfrutar un City Bell que no es y no a disfrutarlo desde el lugar nuestro”. Horacio (60 años, artista) coincide en señalar que estas personas “no tienen el cuidado del jardín, el cuidado de la vereda, levantar las ramas, juntar las hojas”, interpretando esa falta como un desconocimiento de las “rutinas que hacen a la convivencia en un lugar pueblerino”. La figura del nuevo residente se convierte en un espejo invertido de las costumbres locales, donde cada descuido cotidiano se interpreta como una falta de pertenencia y una amenaza a la continuidad de las formas de vida pueblerinas.

La otredad también se expresa en los gestos mínimos de interacción, como el saludo, convertido en signo de pertenencia. Camila (62 años, artista) observa que son los habitantes históricos quienes perciben “que hay otra vibra en mucha gente que está caminando las calles cotidianamente en City Bell”, la cual se refleja en “el no saludo”. Este cambio es percibido como un símbolo de la llegada de habitantes con costumbres diferentes, introduciendo una frontera entre desiguales tiempos de residencia. Esto ha sido destacado por Gustavo (61 años, periodista) al relatar la siguiente anécdota: en el pasado “bajaba del tren, venía caminando para acá y todos los vecinos que uno veía los iba saludando, aunque yo viviera a 20 cuadras, pero pasaba todos los días porque era gente que se sentaba en la puerta a ver pasar la vida y hoy no es así”. Esta erosión de las formas elementales de socialización se vive como síntoma de la pérdida del espíritu comunitario.

La ruptura en las formas de socialización puede observarse en dos dimensiones complementarias. Por un lado, desde la mirada de Joaquín (67 años, jubilado):

cada vez me encuentro con menos gente [conocida] cuando salgo a caminar; los vecinos nos encontramos a veces y nos miramos como si estuviéramos en el extranjero: ¿viste cuando vos viajas al exterior y te encontrás con un conocido en pleno Madrid y entras a los abrazos?

Una metáfora que traduce la extrañeza del propio lugar, una desestructuración del espacio familiar. Por el otro, Lautaro (60 años) señala la indiferencia de los nuevos residentes: “hay vecinos relativamente nuevos de 15 años y no me saludaron nunca”. Ambas percepciones revelan una erosión del lazo barrial y una temporalidad fracturada entre quienes permanecen y quienes llegan.

Las movilidades inversas cristalizan tres procesos superpuestos: la invasión del lugar por turistas, la ruptura de normas de convivencia y la pérdida de formas simbólicas, entre ellas el saludo. En relación al último proceso, en un paralelismo con las formas de cortesía analizadas por Simmel (2015, p. 446), el saludo en la calle “no prueba que se tenga estimación por el saludado; pero la omisión del saludo prueba claramente lo contrario”. Estas formas sociales mínimas sostienen la interacción cotidiana; su desaparición no implica hostilidad abierta, pero introduce un vacío relacional. Frente a ello, la otredad deviene en un proceso continuo de diferenciación, una amenaza latente a las identificaciones locales y a la continuidad del sentido común.

MIRADA 3: LO DISTINTIVO DE LOS NUEVOS HABITANTES DE BARRIOS CERRADOS EN CITY BELL

Sin la intensidad de las figuras observadas, el movimiento de habitantes a las urbanizaciones cerradas profundiza una tensión incipiente en la producción de la otredad: la conformación de una frontera material y simbólica entre el adentro y el afuera en las periferias. En las voces de los habitantes del barrio central de City Bell⁵, esta división se expresa con claridad: “ellos allá y nosotros acá” (Marcos, 73 años, jubilado); “los de adentro y los de afuera” (María, 63 años, arquitecta); “los que estamos acá, en contra de esa vida de countries” (José, 71 años, arquitecto). Estas narrativas espacializan la diferencia, asociando la pertenencia a un espacio delimitado con la producción de una identidad social exclusiva.

En City Bell, esa distinción no solo separa, sino que también clasifica. La identidad se defiende y se exhibe como signo de pertenencia, produciendo un cambio en el estilo de vida que articula consumo, gusto y moralidad espacial. Tal como señala Bourdieu (1983, 1988), el estilo de vida constituye un conjunto coherente de prácticas y preferencias que expresan la posición social de los sujetos en el espacio simbólico: desde el mobiliario o la vestimenta hasta las formas de sociabilidad y de habitar el territorio. En esta clave, las diferencias observadas en torno a las urbanizaciones cerradas revelan un proceso de territorialización del gusto, donde lo distintivo se vuelve frontera y la pertenencia al barrio abierto se enuncia como un capital moral frente al cierre elitista.

No obstante, esta barrera urbana no deviene en un estigma territorial, sino en una otredad jerárquica: una alteridad percibida como legítima, aunque distante. Frente a ello, los relatos locales tienden a suavizar la

⁵ Este análisis se centra en City Bell por ser el sector periférico que registró el mayor aumento de urbanizaciones cerradas, a diferencia de Los Hornos, donde su presencia es escasa.

frontera material, buscando puntos de encuentro o justificaciones compartidas. Gustavo (61 años, periodista) plantea: “son una realidad” y por esto se hace la pregunta “¿Qué es lo que hacemos para integrarlos?”, mientras José (71 años, arquitecto) sostiene que “desde un punto de vista ambiental es interesante” dado que “los countries dan cierto verde protegido”. Estas narrativas expresan una voluntad de conciliación simbólica en la cual la integración imaginada mitiga –y no elimina– las jerarquías espaciales.

Este fenómeno adquiere complejidad al analizar los desplazamientos locales: a la llegada de nuevos residentes a barrios cerrados –una movilidad inversa que consolida el barrio como destino de élite– se superpone el movimiento interno de habitantes tradicionales desde los sectores de barrio abierto hacia esas mismas urbanizaciones. La atenuación de la distancia simbólica puede estar dada, precisamente, por esta dinámica dual. Los desplazamientos que analiza Adrián (55 años, comerciante) no se dirigen a otros sectores de la ciudad, sino que van desde las áreas centrales de City Bell hacia las propias periferias en urbanizaciones cerradas. Adrián lo resume así: “muchas gente se ha desplazado hacia la zona más periférica, más alejada del centro, muchas han decidido y han elegido alejarse un poco”. El diálogo continúa de la siguiente manera:

Adrián: –Yo creo que va a terminar igual a ciertos lugares, instituciones, nosotros mismos en algún momento vamos a ser desplazados también. Es inevitable.

J: –¿Notas todas estas transformaciones como un desplazamiento?

Adrián: –Sí, sí porque aparte lo he vivido con gente conocida, amigos, padres. Decir: se presentó la oportunidad y bueno hay un restaurant ahora y listo, chau. Conozco el caso perfecto de una cervecería muy importante, [un] amigo de un amigo mío, le compraron la propiedad, le vamos a avisar cuando se tengan que ir y un día vinieron y listo se acabó: cervecería.

Sus palabras condensan la experiencia de un desplazamiento ambivalente, donde la elección y pérdida coexisten. Este desplazamiento intraurbano responde tanto a la mutación de las prácticas cotidianas como a la presión, cada vez más visible, del mercado inmobiliario. A diferencia de las gentrificaciones forzadas, aquí predomina una dimensión electiva: una decisión social y moral sobre el modo de vida deseado. La lectura económica de Matías, comerciante de 48 años (para quien “el que vivía a dos cuadras de Cantilo . . . prefiere venderla . . . y se muda a un barrio cerrado” por ser “más rentable”) no contradice esta lógica, sino que la completa: revela cómo el cálculo individual y la maximización de la renta se articulan con, y son catalizados por esa profunda reevaluación del habitar que define el nuevo paisaje social de City Bell. La elección residencial se revela, así, como el punto de fuga donde convergen la imaginación moral de una comunidad con el cálculo económico.

Junto a esta negociación simbólica, emergen –aunque de modo más esporádico– miradas críticas que enfocan el conflicto en sus consecuencias materiales y de gestión urbana. María (63 años, arquitecta) identifica como sector evitable de City Bell la calle privatizada por uno de estos barrios, donde “uno de los dueños taponó la salida del arroyo” y “sé que eso se puede evitar y no se evita desde la gestión”. A partir de este hecho, María comenta: “por ahí no paso porque me vuelve la bronca que me agarra o cuando voy por las calles y veo cortado en un barrio cerrado con una calle, eso me pone re mal, me enojo”. Su relato evidencia que la

renovación urbana también produce negatividades, especialmente vinculadas a la privatización creciente del espacio público.

En definitiva, esta dinámica dual de movilidades –inversa y local– converge en una paradoja fundamental: lejos de ser meras transacciones residenciales, expresan una búsqueda compartida por preservar el estatus social amenazado y recuperar, en el marco controlado de los barrios privados, aquellas formas de vida comunitaria idealizada que, de manera crucial, se perciben en creciente riesgo dentro del tejido original del barrio que ahora se abandona.

Discusión

Las movilidades inversas, más que desplazamientos de cuerpos en el espacio urbano, son procesos de significación que reordenan jerarquías de pertenencia, legitimidad y diferencia en la ciudad contemporánea. En las periferias platenses, estos movimientos, ya sean llegadas, salidas o reubicaciones internas, actúan como un prisma que torna visible la trama simbólica de la desigualdad. Cada caso examinado condensa una modalidad singular de esa tensión: en Los Hornos, la movilidad del otro se traduce en estigma; en City Bell, el movimiento se reviste de extranjería y distinción. En ambos contextos, la movilidad opera como práctica moral que clasifica cuerpos y redefine los contornos de lo habitable.

En Los Hornos, la movilidad inversa se inscribe en la genealogía clásica del estigma territorial. La llegada de nuevos habitantes a zonas de expansión informal activa narrativas de amenaza y desorden que reafirman una frontera entre un nosotros legítimo y un ellos invasor (Wacquant, 2007). Los discursos locales que asocian tomas de tierra y asentamientos con inseguridad o degradación replican la matriz civilización/barbarie y desplazan sobre los recién llegados la responsabilidad de transformaciones estructurales. En este caso la movilidad no es leída como búsqueda de residencia u oportunidad, sino como transgresión: un modo ilegítimo de ocupar la ciudad que legitima prácticas de exclusión y control institucional.

En City Bell, la movilidad adopta una textura ambivalente. La llegada de turistas y visitantes al centro comercial altera los ritmos locales y genera molestias morales por la sobrecarga temporal del espacio; la renovación urbana produce incipientes desplazamientos internos de habitantes históricos; y, simultáneamente, emerge la llegada de nuevos residentes externos, atraídos por urbanizaciones cerradas que revalorizan el borde como espacio de distinción. Este último movimiento, la instalación de sectores medios y altos en barrios cerrados, no solo modifica la morfología urbana, sino que introduce una mutación cultural en la producción del espacio: la fragmentación material (muros, accesos restringidos y privatización del espacio público) se acompaña de una resegmentación simbólica que legitima nuevas jerarquías de clase y gusto.

Al mismo tiempo, en City Bell se evidencia la existencia de estigmas⁶ orientados hacia barrios populares, aunque estos estigmas no son consecuencia de movilidades, dado que son barrios de larga data. En efecto, el estigma no desaparece con los procesos actuales del capital: se redistribuye –y reafirma– sobre quienes no encarnan las normas estéticas y morales del orden urbano periférico. En otras palabras, la renovación urbana periférica está lejos de anular la marca del otro. Lo que hace es reconfigurar, no borrar las fronteras, y reescribirlas con los signos de la distinción. Así, la llegada de nuevos residentes a urbanizaciones cerradas no implica integración sino separación: los muros no solo aíslan, sino que producen valores y estilos que legitiman un modo selecto de habitar.

La paradoja de ambos casos revela una estructura compartida: en Los Hornos la movilidad de los otros densifica el estigma; en City Bell la movilidad –propia o foránea– puede consolidar la distinción, ya sea en nombre del pueblo tradicional o del enclave cerrado. En ambos escenarios, moverse es un gesto moralmente codificado: algunos son sospechosos por desplazarse; otros por elegir dónde estar. Esta asimetría evidencia que la desigualdad no solo se despliega en términos materiales, sino también morales y performativos, reconfigurando la geografía del prestigio urbano.

Estos procesos se sostienen en prácticas cotidianas de observación y clasificación. Como expresa Sennett (1997), la modernidad urbana ha instalado la mirada como forma dominante de relación social: mirar sin hablar administra distancia y control. En las periferias, esa mirada opera como dispositivo de vigilancia simbólica: se mira quién pasa, quién saluda, quién es considerado digno de confianza. En este sentido, siguiendo a Simmel (2015), las formas sociales mínimas –el saludo, la cortesía, la convivencia– son tejidos invisibles que sostienen el orden moral del espacio. Su erosión no es anecdótica: la omisión indica la fragilidad del lazo social y anticipa la disolución de la convivencia como principio regulador del habitar.

Conclusiones

Revisitar las periferias desde las movilidades inversas permitió desentrañar la ambivalencia de un espacio que funciona como laboratorio contemporáneo de las jerarquías urbanas. Lejos de ser simples bordes, las periferias condensan tensiones morales, económicas y simbólicas que modelan las formas de habitar. Incorporar la mirada desde la otredad reveló que las fronteras no son solo materiales sino relaciones: se trazan en la vida cotidiana, en la mirada que clasifica, en los gestos que distinguen y en las prácticas que confirman pertenencias. La diferenciación, más que la indiferencia, se erige como principio estructurante

⁶ La distancia social se cristaliza en narrativas que estigmatizan a los barrios populares. Para Gustavo, Santa Ana es “una comunidad inmigrante, paraguayos”. Marcos lo describe como “la cara negra o la cara mala” de City Bell, mientras Horacio lo tilda de “degradado” por no cumplir con las normas urbanas. Esta otredad se vincula a la inseguridad, Matías asegura que los delincuentes del centro comercial son de esos barrios, reforzando la dicotomía entre un “nosotros” normativo y un “ellos” que amenaza la convivencia.

de la experiencia periférica. Ante la heterogeneidad creciente, los habitantes tienden a clausurar el espacio simbólico de la convivencia, replicando lo que Sennett (2019) denomina como el miedo a los otros y la dificultad de lidiar con la complejidad urbana.

Las movilidades inversas, desde la perspectiva de la otredad, adquieren manifestaciones diversas que son, a la vez, manifestaciones interconectadas. En Los Hornos, el estigma territorial cristaliza la distancia entre quienes se perciben como legítimos y aquellos que encarnan el desorden urbano. El crecimiento informal y las tomas de tierra encarnan marcas morales antes que espaciales, reeditando la narrativa de una periferia amenazante. Siguiendo a Simmel (2012), el otro periférico es el cercano-lejano: una presencia demasiado próxima para ser ignorada y demasiado distinta para ser asimilada. La movilidad popular genera así una visibilidad incómoda que convierte a sus protagonistas en objeto de mirada, vigilancia y exclusión.

En City Bell, la otredad adopta coordenadas distintas. Aunque subsisten barrios señalados como zonas de riesgo, la diferencia se desplaza hacia nuevos actores: el turista que interrumpe la vida cotidiana, el visitante que desborda las normas de convivencia y el residente de urbanización cerrada, cuya distancia es más simbólica que material. Aquí la alteridad del movimiento no se asocia a la carencia sino a la disrupción del orden tradicional: los recién llegados no son los pobres, sino los portadores de otros estilos de habitar que interpelan la identidad local. Esta reconfiguración confirma lo que Sennett (1997) anticipaba: la ciudad moderna rara vez abraza la diferencia; de cierto, apenas la tolera, y en esa tolerancia radica la fragilidad del vínculo social.

Pese a sus diferencias, ambos escenarios comparten una gramática del miedo: temor a perder el control sobre el espacio y las normas de convivencia. En Los Hornos, se traduce en sospecha hacia los recién llegados; en City Bell, en incomodidad ante la mutación de las costumbres locales. En ambos casos, la otredad opera como espejo moral que delimita la vecindad. En las periferias todavía “rápida y fácilmente se puede juzgar si alguien no pertenece a un lugar” (Sennett, 1997, pp. 389–390), aunque esas certezas comienzan a desvanecerse con la diversificación de las prácticas y la intensificación de las conexiones urbanas.

En síntesis, proponemos pensar las movilidades inversas como tecnologías de clasificación: dispositivos que, por medio del movimiento, jerarquizan cuerpos, prácticas y lugares, traduciendo un orden moral que estructura la ciudad. En Los Hornos, esa tecnología estigmatiza; en City Bell, puede tanto perturbar como legitimar. Ambas realidades muestran que las periferias no son espacios homogéneos, sino laboratorios urbanos donde se ensayan y consolidan nuevas disputas simbólicas donde la diferencia se negocia, se observa y se normaliza. En la tensión entre movilidad y otredad se cifra la condición contemporánea de la ciudad: un espacio que se expande y se contrae al ritmo de las miradas que lo habitan.

Financiamiento

La presente investigación se desarrolla en el marco de una beca doctoral financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET).

Referencias

- Abramo, P. (2012). La ciudad com-fusa: Mercado y producción de la estructura urbana en las grandes metrópolis latinoamericanas. *EURE*, 38(114), 35–69. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612012000200002>
- Adriani, L., Santa María, J., Peiró, M. L. y Alzugaray, L. (2020). *Barrios populares del Partido de La Plata. Localización y características según delegaciones municipales*. Universidad Nacional de La Plata. <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/166>
- Alessio, A., Rodríguez Tarducci, R., Cortizo, D. y Frediani, J. (2024). Análisis tipológico de procesos de tomas de tierras en la Región del Gran La Plata, período 2000-2020. *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, 35(1), 9–31. <https://doi.org/10.37838/unicen/est.35-1-101>
- Baeza, B. (2023). Otredad. En A. Benedetti (Dir.), *Palabras clave para el estudio de las fronteras* (pp. 491–500). TeseoPress. <https://doi.org/10.55778/ts878678467>
- Beck, U. (2007). Cómo los vecinos se convierten en judíos. La construcción política del extraño en una era de modernidad reflexiva. *Papers: Revista de Sociología*, (84), 47–66.
- Bourdieu, P. (1983). Gostos de classe e estilos de vida. En R. Ortiz (Org.), *Pierre Bourdieu: sociología* (pp. 82–121). Ática.
- Bourdieu, P. (1988). El habitus y el espacio de los estilos de vida. En *La distinción. Crítica social del gusto* (pp. 169-222). Taurus.
- Caldeira, T. (2017). Peripheral urbanization: Autoconstruction, transversal logics, and politics in cities of the global south. *Environment and Planning D: Society and Space*, 35(1), 3–20. <https://doi.org/10.1177/0263775816658479>
- Calderón Cockburn, J. y Aguiar Antía, S. (Coords.). (2019). *Segregación socio-espacial en las ciudades latinoamericanas*. Teseo.
- Cresswell, T. (2010). Towards a politics of mobility. *Environment and Planning D: Society and Space*, 28(1), 17–31. <https://doi.org/10.1068/d11407>
- Curtit, G. (2003). *Ciudad, gestión local y nuevos desafíos ambientales. Reflexiones a las políticas neoliberales y sus efectos sobre nuestros territorios*. Espacio Editorial.

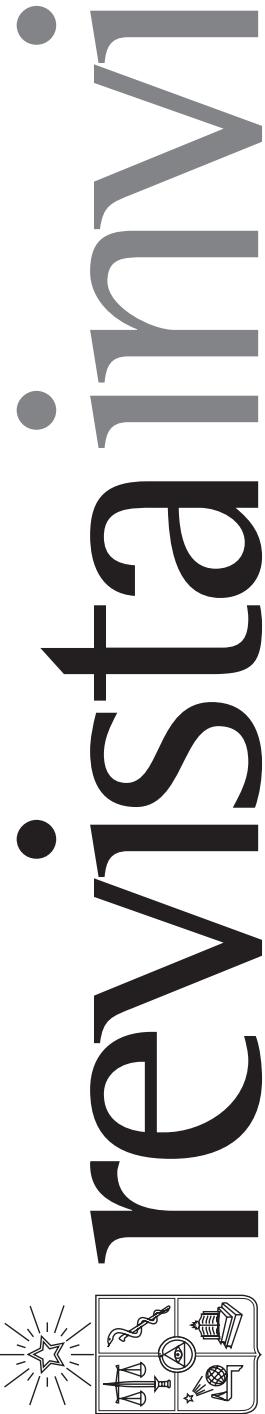
- Delgado, M. (1999). *El animal público*. Anagrama.
- Di Croce Garay, A. (2024). *Resistencias desde la informalidad urbana. Mejoramiento habitacional y acción colectiva en el hábitat popular urbano: Partido de La Plata, 2000-2015* [tesis de doctorado]. Universidad Nacional de La Plata.
<https://doi.org/10.35537/10915/163536>
- Di Virgilio, M. M. (2021). Desigualdades, hábitat y vivienda en América Latina. *Nueva Sociedad*, (293), 1–16.
<https://nuso.org/articulo/desigualdades-habitat-y-vivienda-en-america-latina/>
- Di Virgilio, M. M. y Perelman, M. D. (Coords.). (2014). *Ciudades latinoamericanas: desigualdad, segregación y tolerancia*. CLACSO.
- Elias, N. y Scotson, J. (2016). *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. Fondo de Cultura Económica.
- Frediani, J., Rodriguez Tarducci, R., y Cortizo, D. (2018). Proceso de gentrificación en áreas periféricas del Partido de La Plata, Argentina. *Quid 16. Revista del Área de Estudios Urbanos*, (9), 9–37.
<http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/quid16/article/view/2459>
- Garnier, A. (1992). *El cuadrado roto. Sueños y realidades de La Plata*. Municipalidad de La Plata.
- Gómez Pintus, A. (2013). Las lógicas privadas de la expansión: loteos de barrios parque en el área metropolitana de Buenos Aires. 1910-1950. *Registros. Revista de Investigación Histórica*, (10), 75–94.
<https://revistasfaudmdp.edu.ar/registros/article/view/74>
- Hannerz, U. (1986). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Fondo de Cultura Económica.
- Hiernaux, D. y Lindón, A. (2004). La periferia: voz y sentido en los estudios urbanos. *Papeles de Población*, 10(42), 101–123. <https://rppoblacion.uaemex.mx/article/view/8735>
- Ingold, T. (2015). Contra el espacio: lugar, movimiento, conocimiento. *Mundos Plurales. Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública*, 2(2), 9–26. <https://doi.org/10.17141/mundosplurales.2.2015.1982>
- Jirón, P. y Mansilla, P. (2013). Atravesando la espesura de la ciudad: vida cotidiana y barreras de accesibilidad de los habitantes de la periferia urbana de Santiago de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande*, (56), 53–74.
<https://doi.org/10.4067/s0718-34022013000300004>
- Kaufmann, V., Bergman, M. M. y Joye, D. (2004). Motility: Mobility as capital. *International Journal of Urban and Regional Research*, 28(4), 745–756. <https://doi.org/10.1111/j.0309-1317.2004.00549.x>
- Kessler, G. (2012). Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular. *Espacios En Blanco*, 22(1), 165–197.
- Krotz, E. (2002). *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. Fondo de Cultura Económica.
- Lindón, A. (2020). La periferia: fragmentos inestables de la ciudad vivida. *Perspectiva Geográfica*, 25(2), 15–33.
<https://doi.org/10.19053/01233769.10548>
- Marradi, A., Archenti, N. y Piovani, J. I. (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Emecé Editores.

- Mayol, P. (1994). El barrio. En M. d. Certeau, L. Giard y P. Mayol, *La invención de lo cotidiano 2: habitar, cocinar* (pp. 5–12). Universidad Iberoamericana.
- Pérez, V. I., Cortizo, D. E. y Frediani, J. C. (2022). Normativa urbana y aumento del valor del suelo en el desarrollo de la ciudad. Análisis del caso de La Plata desde un enfoque estructuralista. *Quivera Revista de Estudios Territoriales*, 25(1), 43. <https://doi.org/10.36677/qret.v25i1.17530>
- Pírez, P. (2016). Las heterogeneidades en la producción de la urbanización y los servicios urbanos en América Latina. *Territorios*, (34), 86–112. <https://doi.org/10.12804/territ34.2016.04>
- Pradilla Cobos, E. (2014). La ciudad capitalista en el patrón neoliberal de acumulación en América Latina. *Cadernos Metrópole*, 16(31), 37–60. <https://doi.org/10.1590/2236-9996.2014-3102>
- Ravella, O. y Giacobbe, N. (2005). Tendencias y rupturas en la expansión urbana: relaciones entre movilidad y los procesos de globalización. El caso del Gran La Plata. *Estudios del Hábitat*, (8), 19–34.
- Rodríguez Vignoli, J. (2001). *Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa?* CEPAL.
- Rojas Chediac, J. I. (2021). De la ciudad real a la estabilización de una imagen ideal. Conformación y crecimiento de la ciudad de La Plata. *Question*, 3(70), 1–31. <https://doi.org/10.24215/16696581e621>
- Rojas Chediac, J. I. (2024). Un acercamiento teórico-metodológico al estudio del crecimiento urbano: la periodización de la ciudad de La Plata. *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, 35(1), 59–80. <https://doi.org/10.37838/unicen/est.35-1-103>
- Rojas Chediac, J. I. (2025). *Habitar (desde) lo periférico. Prácticas y representaciones a la luz de las transformaciones urbanas de la ciudad de La Plata entre los años 2000 al 2020* [tesis de doctorado]. Universidad Nacional de La Plata. <https://doi.org/10.35537/10915/185789>
- Sabatini, F., Cáceres, G., y Cerdá, J. (2001). Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. *EURE*, 27(82), 21–42. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612001008200002>
- Segura, R. (2015a). La imaginación geográfica sobre el conurbano. Prensa, imágenes y territorio. En G. Kessler (Ed.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: el Gran Buenos Aires* (pp. 129–158). Edhsa.
- Segura, R. (2015b). Vivir afuera. *Antropología de la experiencia urbana*. UNSAM.
- Sennett, R. (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza Editorial.
- Sennett, R. (2019). *Construir y habitar. Ética para la ciudad*. Anagrama.
- Sheller, M. y Urry, J. (2016). Mobilizing the new mobilities paradigm. *Applied Mobilities*, 1(1), 10–25. <https://doi.org/10.1080/23800127.2016.1151216>
- Simmel, G. (2012). El extranjero. En G. Simmel, A. Schütz, N. Elias y M. Cacciari, *El extranjero. Sociología del extraño* (pp. 21–26). Sequitur.
- Simmel, G. (2015). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica.

Vitalone, C. E. (Coord.). (2018). *Antecedentes de instrumentos de planificación y gestión territorial del Municipio de La Plata (1882 - 2010)*. DINAPREM.

Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Siglo XXI.

Williams, R. (1997). *Marxismo y literatura*. Península.



Revista INVI es una publicación periódica, editada por el Instituto de la Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, creada en 1986 con el nombre de Boletín INVI. Es una revista académica con cobertura internacional que difunde los avances en el conocimiento sobre la vivienda, el hábitat residencial, los modos de vida y los estudios territoriales. Revista INVI publica contribuciones originales en español, inglés y portugués, privilegiando aquellas que proponen enfoques inter y multidisciplinares y que son resultado de investigaciones con financiamiento y patrocinio institucional. Se busca, con ello, contribuir al desarrollo del conocimiento científico sobre la vivienda, el hábitat y el territorio y aportar al debate público con publicaciones del más alto nivel académico.

Director: Dr. Jorge Larenas Salas, Universidad de Chile, Chile.

Editor: Dr. Pablo Navarrete-Hernández, Universidad de Chile, Chile.

Editores asociados: Dra. Mónica Aubán Borrell, Universidad de Chile, Chile

Dr. Cristian Escobedo Catalán, Universidad de Chile, Chile

Dr. Gabriel Felmer, Universidad de Chile, Chile.

Dr. Carlos Lange Valdés, Universidad de Chile, Chile.

Dr. Daniel Muñoz Zech, Universidad de Chile, Chile.

Dra. Rebeca Silva Roquefort, Universidad de Chile, Chile

Coordinadora editorial: Sandra Rivera Mena, Universidad de Chile, Chile.

Asistente editorial: Katia Venegas Foncea, Universidad de Chile, Chile.

Traductor: Jose Molina Kock, Chile.

Diagramación: Ingrid Rivas, Chile.

Corrección de estilo: Leonardo Reyes Verdugo, Chile.

COMITÉ EDITORIAL:

Dra. Julie-Anne Boudreau, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Dr. Victor Delgadillo, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México.

Dra. María Mercedes Di Virgilio, CONICET/ IIGG, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Dr. Ricardo Hurtubia González, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

Dra. Irene Molina, Uppsala Universitet, Suecia.

Dr. Gonzalo Lautaro Ojeda Ledesma, Universidad de Valparaíso, Chile.

Dra. Suzana Pasternak, Universidade de São Paulo, Brasil.

Dra. Raquel Rolnik, Universidade de São Paulo, Brasil

Dr. Javier Ruiz Sánchez, Universidad Politécnica de Madrid, España.

Dra. Elke Schlack Fuhrmann, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

Dr. Carlos Alberto Torres Tovar, Universidad Nacional de Colombia, Colombia.

Dr. José Francisco Vergara-Perucich, Universidad de Las Américas, Chile.

Sitio web: <http://www.revistantvi.uchile.cl/>

Correo electrónico: revistantvi@uchilefau.cl

Licencia de este artículo: Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0

Internacional (CC BY-SA 4.0)